

La tierra que besa al cielo

Se detiene el tiempo y se expande el espacio cuando se toma conciencia de la magia, el misterio y la cultura que encierra esta tierra, y cuando más que hablar de la leyendas, lo que se busca es dejar un testimonio de la majestuosa expresión cultural que cobra vida en todo su territorio. Es bastante común que cuando se habla de Perú, las personas de todo el mundo relacionen de forma espontánea a este país con las ruinas de Machu Pichu, pues éste ha sido su referente icónico y uno de los destinos turísticos más apetecido por viajeros de todos los rincones del planeta... y por qué no, de otros planetas también. Pero hablar de Perú no es solamente mencionar la belleza innegable de la que fue la ciudadela incaica andina más renombrada en la historia de la Humanidad, sino también hablar de aquel espacio en el cual se unen el cielo y la tierra, lo oculto y lo develado, el sol y la luna, el masculino y el femenino, lo terrestre con lo celeste y el mundo de aquí con el más allá.

Este territorio fue habitado por los incas, una civilización que construyó uno de los más grandes imperios de la historia, conocido como imperio Incario o Tahuantinsuyu, según su lengua oficial, el Quechua o Runasimi. Estos antiguos pobladores dejaron evidencias de que sus conocimientos, tradiciones y cosmogonía tuvieron presente la conexión que gran parte de la humanidad actual parece desconocer, esa relación estrecha con los astros, con la tierra, con los elementales y con los que al parecer fueron sus guías de las estrellas, seres que en la actualidad son llamados por investigadores de algunos programas televisivos, como los antiguos astronautas.





La palabra “Incaica” hace referencia a toda la civilización y a la cultura que la caracterizó, ya que la palabra “Inca” se utilizaba entonces para designar al emperador y jefe supremo, que encarnaba el rol de lo divino en la tierra, descendiente del dios sol (Inti) y estrictamente relacionado con funciones militares, políticas y religiosas. La civilización de los emperadores Incas conocía a la perfección los solsticios y los equinoccios, ya que tuvieron múltiples observatorios astronómicos en los cuales se dedicaban con gran disciplina y devoción al estudio de los astros y su influencia en su vida cotidiana, un ejemplo de ello es el observatorio de Huayna Pichu que fue el centro de estudios celestes de la ciudadela de Machu Pichu.

El imperio de los incas centraba sus creencias religiosas en la adoración al sol. Según sus leyendas, el mismo sol envió a su hijo *-el primer Inca-* al que llamaron Manco Cápac, quién emergió de las aguas del Lago Titicaca y se estableció en Cuzco (Qosqo) para hacer de esta civilización, la más grande de América. Este imperio se dividía en cuatro territorios o “suyos”: Chinchaysuyo, Antisuyo, Contisuyo y Collasuyo, regiones que se corresponden con gran parte del frente occidental de América del Sur, en lo que actualmente son territorios de Perú, Bolivia, Ecuador, el sur de Colombia y el centro y norte de Chile. En aquel entonces esta civilización diferenció, por medio de la observación de las fases lunares, sólo dos tipos de clima: temporada de lluvias (Poqoy) y temporada de sequía (Ch’akiy), clasificaciones que fueron claves en la predicción de acontecimientos y en sus exitosos sistemas de cultivo.

La cultura de los Incas ha dejado a la Humanidad un gran legado, aunque no todo el que hubiésemos querido, porque a causa de la invasión, dominación y conversión forzada a mano de los europeos, se perdieron innumerables conocimientos de astronomía, agricultura, arquitectura y medicinas ancestrales, pues nuestros hermanos hijos del sol alcanzaron un conocimiento único en construcción de fortalezas, terrazas de cultivo, sistemas de regadíos, astronomía, contabilidad, orfebrería, tejidos, puentes, túneles, carreteras y en el dominio de la roca para la conquista habitacional de la montaña.

En este país de los Andes, donde nace el Amazonas y la tierra besa al cielo, también cobran vida los cinco elementos que han enmarcado la vida desde las civilizaciones más antiguas hasta la actualidad: agua, fuego, tierra, aire y éter, encarnados en la cultura incaica y presentes a lo largo de todo el territorio peruano a través de templos, paisajes naturales, creencias, rituales y tradiciones. El fuego, que podría asociarse con su dios Sol, está presente en todos sus rituales y celebraciones y tuvo su gran expresión en el templo del Sol en Cuzco, también conocido como el Coricancha, donde actualmente se levanta el convento de Santo Domingo, una construcción



que evidencia la dominación ideológica que sufrió la comunidad quechua por los invasores españoles en cabeza de Francisco Pizarro.

En Perú la historia camina con cinturón de fuego, espadas de sol y capas rojas que encienden el corazón. Tupac Amaru II, fue el testimonio vivo de la pasión y el vigor de los guerreros incas, que pareciesen forjados por el sol y el fuego. Cuenta la historia que a este emblemático héroe intentaron descuartizarlo halando cada una de sus extremidades por un caballo, acto que resultó fallido por las características de su cuerpo físico, atribuibles a las de un semidiós, y debido a su extrema fortaleza, los españoles decidieron decapitarlo para asegurarse de su muerte. No se podría dejar de relacionar el fuego con los atuendos y decoraciones que hicieron parte de la usanza en el vestido de los Incas, ya que el color rojo, que está asociado al fuego y al calor, predominó en sus atuendos y decoración; de igual forma el oro, también relacionado con el fuego, no sólo fue un elemento de intercambio sino un elemento de adoración. El fuego está también en algunos destinos turísticos que hoy recorren propios y extraños, como el desierto de Ica, con sus famosas dunas, y las hermosas playas, como las de la Reserva Nacional de Paracas.

Cuando se habla de la presencia del elemento agua en Perú es inevitable referirse al lago Titicaca y sus sorprendentes islas flotantes de Uros, que por sus exclusivas construcciones de totora representan un espacio único en el mundo. Y arriba en los Andes, techo de América, los majestuosos picos nevados de Huascarán, Alpamayo, Huaytapallana, Huantsan, Misti y tantos otros, que vierten sus aguas en torrenciales ríos como el Ucayali, el Marañón o el Urubamba, nombres sonoros en los que el blanco de la nieve se derrite y se precipita por profundos cañones y cascadas cantarinas, hacia los valles, el mar o el majestuoso Amazonas, inconmensurable aguamadre del planeta.

En la piedra tiene el elemento tierra su expresión esencial, ya que las construcciones de los Incas estaban basadas en el dominio de este elemental, con el que erigieron imponentes construcciones como las aldeas de Machu Pichu, Choquequirao, las fortalezas de Sacsayhuamán, Ollantaytambo, y terrazas de cultivo como las de Moray. Al contemplar hoy estas murallas, resulta inexplicable cómo pudieron incrustar aquellas enormes piedras poliédricas sin ningún adhesivo y sin dejar espacio siquiera a una pajilla. Tierra, suelo y piedra se funden en diferentes sitios arqueológicos y paisajes naturales que representan no solamente la riqueza multicultural sino también la diversidad y la variedad de los ecosistemas peruanos.

En la actualidad estas montañas aún custodian grandes misterios y mantienen ocultas ruinas arqueológicas que representaban la vida de



aquella época. Las líneas de Nazca, sólo visibles desde el aire, son también una evidencia importante del elemento tierra y del misterio que encierran sus gigantescas particularidades. Los estudios que los Incas realizaban de los vientos, son un punto crucial cuando se habla del sistema de agricultura y las prácticas de cultivo de estos pobladores ancestrales, que en sus terrazas lograban diferenciar hasta 15°C de temperatura entre sus extremos, conformando diversos microclimas que permitieron el cultivo de muchas especies de cereales, verduras y legumbres.

El elemento éter, como manifestación espiritual de la Naturaleza, está presente en cada espacio y momento de la cultura peruana, pues en sus diferentes tradiciones se evidencia que este pueblo sigue expresándose y reinventándose para defender su conexión con lo místico y lo profundo. En la manifestación etérica y sutil, el color es sin duda alguna un protagonista, que cubre sus trajes tradicionales de lana de alpaca, vicuña, o llama; en sus artesanías y hasta en la emblemática bandera de la mágica Cuzco, antiguo estandarte del Inca, donde el arcoíris cobra vida, y al igual que la bandera de la moderna comunidad LGTBI, expresa la diversidad como patrimonio común de la Humanidad y la diferencia como elemento enriquecedor y transformador clave para la evolución.

La gastronomía peruana -*mundialmente reconocida*- es otra expresión del éter, donde los sabores, olores y colores revisten sus mesas y dan paso a la recreación de la existencia, del mismo modo que las bandas, bailes, desfiles y rituales ancestrales son apenas una muestra de la riqueza que el Espíritu ha dejado en el alma del pueblo peruano. Para los antiguos Incas, su conexión con las estrellas y lo celeste, al igual que su dimensión espiritual, fueron epicentros de la cotidianidad, y en este plano nos dejaron grandes legados como el calendario Inca, relojes solares como el Intihuatana, el nombramiento de muchas constelaciones como: Chakana – Cruz del Sur, Qolqa – Pléyades, Atoq – Zorro, Amaru – Serpiente, Kuntur – Cóndor, Llut'u – Perdiz, Mallki – El árbol de la Vida, Katachillay – La llama, y Hamp'ato – Sapo; la observación de la Vía Láctea a la que llamaron Río Celeste o Mayu, y prácticas tan sublimes como la de esperar cada año en la fortaleza de Ollantaytambo que la constelación de Pléyades se dejara ver justo sobre uno de los picos de la montaña.

A nivel organizacional, económico y contable, los Incas nos dejaron un legado valiosísimo representado en la Yupana y en el Quipus como sistemas de numeración, nomenclatura, organización, registro y relato. A través de sus formas, cuerdas, nudos y colores, estos instrumentos son la prueba de los avances de esta civilización que fue invadida, saqueada, atropellada, forzosamente cristianizada y sometida a la barbarie de la unidireccionalidad, pero que sin duda alguna, conocían del más allá y



relacionaban armónicamente sus prácticas con el plano físico terrenal. Perú es un territorio y un pueblo que nos invitan a descubrir en su cultura, en lo nuestro, en lo latinoamericano, el ingente legado de un pasado que habla, se manifiesta y espera que le amemos en la unidad y la diversidad de todas las especies que cohabitamos este planeta.

Viviendo la leyenda por los caminos del Perú -*donde se unen el cielo y la tierra*- en este enero luminoso de 2017.

FELIPE MONSALVE O.



En lengua quechua, waska-ran significa "dispuesto como una soga o cadena" y nada describe mejor la cadena de montañas de la Cordillera Blanca, que coronan los andes peruanos con 16 picos nevados a más de 6.000 metros de altura. Ubicado en el departamento de Áncach, y declarado como espacio natural protegido (1975), Reserva de la Biósfera (1977) y Patrimonio Natural de la Humanidad (1985), el Parque Nacional Natural Huascarán, tiene un área de 3.400 km², cruzados por 41 ríos y en él reposan 434 lagunas, que en su conjunto constituyen un motivo de gran orgullo para los peruanos y uno de los paisajes más hermosos de América Latina.

Catalina García S.

